

## Los voluntarismos y las desconstrucciones por-venir

**Analía Gerbaudo**

CONICET. Universidad Nacional del Litoral

¿Cómo lee la desconstrucción?, anoto. Y mientras anoto advierto que la pregunta, así planteada, está desde el arranque, mal formulada y exige apuntar, de inmediato, una adenda: ¿Cuál desconstrucción? Y en definitiva: ¿qué sería “desconstruir”?

Otro temita, en apariencia banal, aparece junto a estos balbuceos iniciales: ¿por qué escribo “desconstrucción” (con esa “s” tan poco elegante e “incómoda de pronunciar”) y no “deconstrucción”? Para despejar los problemas arrastrados por estas preguntas, arranco con las razones asociadas a mis decisiones respecto de cómo nombrar.

Si en trabajos previos he justificado la traducción de *déconstruction* del francés al español como “desconstrucción” a los efectos de insinuar mi simpatía por la acepción derrideana del término en contraste con la demaniana que he traducido como “deconstrucción” (un obstinado énfasis en la versión literal del inglés *deconstruction*), cabe aclarar que el temita es objeto de polémicas, incluso entre los herederos de la tradición derrideana. Valga como ejemplo el siguiente pasaje tomado de una entrevista a Cristina de Peretti, una de las más reconocidas traductoras de Derrida al español, donde comenta esta “grieta” (concepto que uso en el sentido Eduardo Rinesi, es decir, como la oportunidad para la intervención política que se desencadena por el descontento con un estado de las cosas y que aprovecha estos intersticios para accionar):

De nuevo, me he alargado excesivamente en mis respuestas pero no puedo por menos que hacer, antes de terminar esta respuesta, un pequeño comentario que no tiene sin embargo nada que ver con lo que tú has preguntado ni con lo que yo te he contestado. Y que espero que no te lo tomes a mal porque lo hago desde la amistad hacia ambos (ahora entenderás por qué digo “hacia ambos”). Hablas –te cito literalmente– de “este deseo de lectura de la desconstrucción (me anticipo y le pido disculpas por este uso del término sobre el que cabría reponer algunas discusiones que habilitarían otra entrevista-

ta), o más bien, este deseo de contagiar el deseo de lectura de la desconstrucción unida a la traducción, se advierte desde el mismo nombre del seminario que usted coordina desde los años noventa: *Decontra*". A mí no me molesta en absoluto el uso del término "deconstrucción" siempre y cuando no se utilice –como ocurre en tantas ocasiones– sin saber de lo que se está hablando, lo cual no es tu caso. Lo que sí me ha extrañado es que, hasta ahora, no me había dado cuenta (y eso que nos hemos visto varias veces en persona) de que utilizas el término "desconstrucción" (con s) en lugar de "deconstrucción" (sin s). Hace años, Patricio Peñalver y yo mantuvimos durante un tiempo esa pequeña polémica lingüística y nunca conseguimos ponernos de acuerdo. Así que en la actualidad, en España, cada cual emplea el término como más le gusta aunque, normalmente, salvo Patricio y sus más allegados, se suele utilizar mucho más el término "deconstrucción" que el término con esa "s", a mi entender, tan incómoda de pronunciar. En todo caso, la Real Academia de la lengua española admitió, en la 22ª edición (2001) de su diccionario, el término "deconstrucción". Sin embargo, el término "desconstrucción" (con s) sólo aparece mencionado y con la siguiente salvedad: "la palabra desconstrucción no está registrada en el diccionario. La que se muestra a continuación tiene formas con una escritura cercana". Naturalmente dicha palabra no es otra que "deconstrucción". Me resulta divertido pensar, visto lo visto, que tú eres un poco "la Patricio Peñalver argentina" porque –lo he estado comprobando (es un asunto con el que me siento muy concernida aunque hayamos dejado ya atrás toda esa polémica. Ahora ya tan sólo siento cierta curiosidad y me hace cierta gracia cuando surge la cuestión) en el libro *Derrida político* dirigido por Ana Paula Penchaszadeh y Emmanuel Biset– tanto ellos como, por ejemplo, Mónica Cragolini o Gabriela Balcarce utilizan "deconstrucción" (sin s). Por cierto, tú misma así lo señalas, ¡nuestro grupo de trabajo sobre Derrida se llama "Decontra", no "Descontra"! (167-168)

Un segundo movimiento, en vistas a responder las preguntas del inicio, es tratar de precisar, hasta donde se pueda, cómo definía Jacques Derrida la "desconstrucción" dado que se trata de una definición que comprende (en el doble sentido de "abarcar" y de "entender") su prolífica diseminación, entonces por-venir (me apresuro en aclarar que cuando Derrida remite a lo "por-venir" no alude al más o menos previsible "futuro" sino a un tiempo abierto a lo fuera de cálculo, es decir, al "acontecimiento", a la "monstruosidad" –aquello que no tiene nombre todavía y, entonces, cae bajo ese rótulo–). Una vía para, al menos, dejar entrever la apuesta de Derrida por la diseminación de este concepto es reponer su noción de "herencia": "no se puede desear ser un heredero o una heredera que no invente la herencia, que no se la lleve a otra parte con fidelidad. Una fidelidad infiel" ("A corazón" 47), señalaba. Congruente con su crítica a los guardianes del sentido,

rechazó en más de una oportunidad el papel de juez respecto de los usos de la palabra “destrucción” toda vez que la “apropiación” buscaba horadar una frontera, llevar algo “más allá de” (expresión profusamente usada en sus textos) un límite experimentado como una barrera que obstruye: “No deseo que mis lectores o mis herederos se constituyan en herederos sino libremente. Si lo hiciesen constreñidos, no los consideraría herederos. Es preciso que yo renuncie a estar detrás de lo que digo, hago o escribo para que la cuestión de la herencia se plantee” (46).

La proliferación actual de la palabrita quizás lo hubiera sorprendido (desde los colectivos feministas hasta los canales de cocina gourmet pasando por las ciencias sociales y humanas). O quizás no. Ya en 1984, durante una entrevista en Japón, sin demasiado estupor, registraba una disparatada expansión: “en Estados Unidos hay unas camisetas en las que, encima de un dibujo de unos obreros desmontando un edificio, han impreso ‘grupo de destrucción de Yale’” (“La sociedad”). Se trataba de un fenómeno que apenas despuntaba si se lo compara con los derroteros del presente.

Si por 2008 Jorge Panesi escribía que la teoría literaria, esa “flor de invernadero universitario” que no germinaba fuera de los claustros pero que tampoco moría luchaba contra “los estigmas de su propio origen disciplinario” mientras cargaba con “las máculas, las heridas y los destrozos” que la política había dejado en su “corta historia”, diez años después Miguel Dalmaroni encontraba una explosión de acepciones teóricas en intercambios culturales fuera de la universidad. Su explicación de ese verdadero “acontecimiento” (otra vez, Derrida) se asentaba en dos constelaciones de episodios: la “estelarización” de algunos intelectuales (en su listado se cuentan Noam Chomsky, Slavoj Žižek y Judith Butler) y las políticas educativas desplegadas en América Latina por los gobiernos llamados “populistas” de Venezuela, Brasil, Ecuador, Bolivia, Uruguay y Argentina:

Si hace cuatro décadas yo hubiese utilizado la palabra «intertextualidad» en un programa radial sobre literatura, sus productores me hubiesen considerado un pedante academicista y no me hubiesen convocado ya más para hablar de libros al aire. Hoy la pronuncian de corrido y sin titubeo alguno, comentaristas de cine, teatro, artes, vida urbana, música o medios. Por aquellos años, cualquier editor hubiese considerado una extravagancia inapropiada que el relator de fútbol profesional de primera división más prestigioso y polémico del Cono Sur titulase *Textualidades* uno de sus libros (Morales).

Algo parecido podría decirse de términos como «canon», «polifonía», «carnavalización», «campo intelectual», «capital simbólico», pero sin dudas el viaje más vertiginoso desde el neologismo jergal híper especializado hasta la conversación cultural cotidiana y de alcances masivos lo hizo la «deconstrucción», incluso en ámbitos lisos y llanamente populares (105-106)

En las “apropiaciones” (Derrida, “A corazón”) la asociación del vocablo “deconstrucción” con un proceso concluido y/o con un fin alcanzado, aparece: es frecuente encontrarla en auto-figuraciones en las que quien habla o escribe alude a una transformación lograda (un empleo que no pasa desapercibido a Alberto Giordano quien, con irónica eficacia, vuelve sobre los intentos de sortear los habitus de la masculinidad en una entrada de sus diarios en Facebook titulada “Memoria de un varón deconstruido”). Menos vigente en los tiempos que corren, el término fue otrora utilizado como sinónimo de “destrucción”. Y un uso hoy en día omnipresente: su equiparación con procesos de agencia que traducen fantasías de “nano-intervención” (Ronell, “Derridémocratie”, “Entretien”) de quien toma la palabra.

Tres ejemplos: cuando Gisèle Sapiro se pregunta si se puede separar la obra del autor para responder “sí y no” (“sí, porque la identificación de la obra con el autor jamás es completa y porque a este la obra siempre acaba ‘escapándosele’” [163]; “no, porque no se puede separar al autor de la obra porque esta lleva la huella de una visión del mundo y de unas posiciones ético-políticas más o menos sublimadas y metamorfoseadas por el trabajo sobre la forma que es necesario sacar a la luz para entenderla tanto en su sociogénesis como en sus efectos” [166]) mientras destaca que “en lugar de censurar o de ‘cancelar’ las obras (...) es necesario que las estudiemos desde un punto de vista interno y externo” (165), apela al término “deconstrucción” para fantasear con las derivas de ese tipo de lectura en una intervención sobre el canon: “solo un trabajo como ese permitirá comprender y reevaluar”, por ejemplo, “la posición adquirida dentro del canon al tiempo que se deconstruyen los mecanismos de constitución de dicho canon” (166). Cuando Rossana Nofal, en el libro donde desarrolla su concepto “cuentos de guerra”, vuelve sobre parte del corpus del que lo desprende, emplea el término para remitir a textos que “deconstruyen la literatura de virtudes de la moral militante” mientras envía a la definición que compuso Josefina Ludmer en las clases de su mítico seminario de 1985 (“Josefina Ludmer, en sus clases sobre la teoría de Derrida, llama ‘deconstrucción’ a la intervención

comprometida en ‘hacer caer un edificio, agarrarse de un punto marginal y transformarlo en central, agarrarse del punto que cuestiona el sistema y está dentro del sistema, sacarlo para deconstruirlo, para tirarlo abajo’”). Cuando Gloria Chicote, durante una entrevista legible como auto-socio-análisis (Bourdieu), se pregunta “¿qué es una profesora de literatura española en la Argentina?” mientras repasa algunas de sus varias intervenciones animadas por su fantasía de contribuir a minimizar las tensiones entre hispanistas, latinoamericanistas y quienes estudian nuestra literatura nacional, apunta el término para aludir a esa búsqueda (“No sé si exitosa o no, pero sí hubo una intencionalidad de tender puentes entre los debates, entre la tradición de la teoría y la crítica latinoamericanista y la crítica española, en deconstruir los fantasmas de la relación con el estudio de la literatura española y determinadas perspectivas pro franquistas, para deconstruir el campo y acercarlo a la literatura y a la crítica literaria latinoamericanista”).

En todos los casos (en los ejemplos mencionados como en los usos aludidos, es decir, en los que se desencadenan de los empoderamientos feministas y de otros colectivos sociales), se trata de procesos agujoneados por dos interpelaciones derrideanas. Una: no hay modo de descansar en la buena conciencia del deber cumplido. El trabajo de desconstrucción es interminable debido a que “la jerarquía de la oposición dual se reconstruye siempre” (Derrida, *Positions*: 57). Dos: se trata de un trabajo (no me distraje ni tengo pereza para buscar otro significante: repito deliberadamente este) atravesado por los límites que la propia percepción impone al movimiento: “Nadie sabrá jamás a partir de qué secreto escribo y que yo lo diga no cambia nada” (“Circonfesión”: 218), prevenía Derrida. Es desde este lugar horadado por todo lo que se ignora aún en lo que se cree conocer que fantaseamos con intervenir, que construimos agencia: “No se trata de un no-saber instalado en un ‘no quiero saber’. (...) Se trata de un no-saber estructural, en cierta forma heterogéneo, extranjero para el saber. No se trata simplemente de lo desconocido que podría ser conocido y que renuncio a conocer” (Derrida, “Il n’y a pas”: 214). Lejos de un límite, esta idea de proceso continuo e interminable es pura potencia: no habría historia por-venir sin esta visión que atiende a lo que falta, a lo que se escapa aun en lo que se cree entrever como “completo”.

A esta inestabilidad obedece su diseminación. La imposibilidad de asignarle una definición “unívoca” es inescindible tanto de las “apropiaciones”

que Derrida ha avalado como del modo en que se inscribe el término en su producción. Es oportuno evocar un texto célebre de 1985 en el que ya esbozaba su posición sobre la herencia en términos de “apropiación”: en su “Carta a un amigo japonés”, después de despejar todo lo que la desconstrucción no es y de intentar describir lo que es, le terminó sugiriendo al traductor Toshihiko Izutsu que tratara de encontrar una palabra en su lengua que funcionara como *déconstruction* en francés. En la breve cita que continúa aparece ya la cuestión del pasaje de una lengua a otra con sus desafíos. Si lo imposible de ser traducido es, para Derrida, lo que vale la pena osar traducir, la traducción también puede leerse como una apropiación:

Lo mejor para (la) “desconstrucción” sería que *se encontrase o se inventase* en japonés otra palabra (la misma y otra) para decir la misma cosa (la misma y otra), para hablar de la desconstrucción y para arrastrarla *hacia otra parte*, para escribirla y *transcribirla*. Con una palabra que, asimismo, fuera más bonita (393).

La resistencia de Derrida a reducir la desconstrucción a una “metodología” se advierte tanto en sus planteos como en la actuación de sus conceptos, mientras escribe sus lecturas (de allí la dificultad para rastrearlos: sus ensayos arman un laberinto de envíos exasperante para un lector que no decida transitarlos con la actitud con la que se va hacia la literatura, es decir, demorándose y/o extraviándose, gozosa o placenteramente, en sus vericuetos). Cada texto, que no es sino una lectura de otro(s), si bien permite atisbar cierta “marcha que se sigue” (Derrida, *La dissémination*: 303), no deja inferir una “metodología” en el sentido ortodoxo ni tampoco un concepto con validez universal y trasladable sin “apropiación” por parte de quien lo tome. Un ejemplo tan simple como revelador: Amy Kofman y Kirby Dick incluyen en su film *Derrida* parte de una entrevista en la que le preguntan por el amor. Su reticencia a decir algo “general” sobre el amor (siempre se ama a alguien o alguna cosa en alguien, resalta) obedece a esta posición teórica y epistemológica. De este modo, cada vez que se toma alguna de sus formulaciones se vuelve necesario reponer datos básicos relativos a los (con)textos que desencadenan sus planteos.

Hablar de “(con)texto” exige una explicación. Para ello, remito a un momento de su escritura marcado por una impronta más pedagógica que la de sus inicios. Un tiempo en el que reelaboró uno de los enunciados que más barullo había suscitado en ciertos cenáculos de las humanidades. Su

estrategia consistió en invertir el polo desde el que se había situado en los sesenta para, desde el otro extremo, más de veinte años después, ratificar la idea. Así, sostener que “no hay fuera de contexto” (252) supone reafirmar la controversial frase lanzada junto a su “programa” gramatológico: “no hay fuera del texto” (*De la grammatologie*: 227). Introdujo este planteo en “Hacia una ética de la discusión” como parte de sus respuesta a una serie de preguntas que le enviara Gerald Graff alrededor de su enfrentamiento con John Searle a propósito de su filosófico análisis sobre *Cómo hacer cosas con palabras* de John Austin (cf. Derrida, *Marges*). Esa entrevista se anexa al ensayo que, en 1977, Derrida había escrito como réplica a la desfleada lectura de Searle: una pieza irónica titulada “LIMITED INC a b c...” en la que, desde el título, se insinúa la estulticia de ciertos discursos académicos que obligan, en algunas ocasiones, a la monótona tarea de refutar, en registro propedéutico, cada uno de los maliciosos comentarios recibidos.

Derrida explicita que su perturbadora frase incluida en *De la grammatología* indicaba, ya desde entonces, la dificultad para precisar los bordes del texto. Así como en 1967 “actuaba” uno de los extremos de la dicotomía dentro/fuera-del-texto en función de descolocarla, dos décadas más tarde, “actúa” el otro intentando provocar el mismo movimiento (el mismo y otro). Situarse en las posiciones opuestas es una estrategia a través de la cual busca aclarar su inquietante enunciado de aquel texto de comienzos vía otro que entiende, por el polo en el que se ubica, tal vez hubiera sido mejor aceptado aunque no está seguro de que ello hubiera permitido pensar más o, dicho de otro modo, enriquecer y/o complejizar los razonamientos:

La frase que, para algunos, devino una suerte de eslogan, en general, mal comprendido de la deconstrucción (“no hay fuera del texto”) no significa otra cosa: no hay fuera de contexto. Bajo esta forma que dice exactamente la misma cosa, la fórmula, sin duda, habría resultado menos chocante (“Postface”: 252)

Derrida observa el carácter artefactual de lo que percibimos como “texto” y también como “contexto” (nótese que ya en sus primeros trabajos alertaba sobre la condición textual de nuestras representaciones de una “época” [*De la grammatologie*: 150]):

El concepto de texto o de contexto que me guía comprende y no excluye el mundo, la realidad, la historia. Una vez más (por milésima vez, tal vez, pero ¿cuándo se terminará

de entender y por qué esta resistencia?), tal como lo entiendo (y ya expliqué por qué), el texto no es el libro; no está encerrado en un volumen a su vez encerrado en la biblioteca. No suspende la referencia –a la historia, al mundo, a la realidad. (“Postface”: 253)

Se trata de una idea repetida con obstinación que enfatiza la naturaleza ya interpretada de las referencias:

Lo que llamo “texto” implica todas las estructuras llamadas “reales”, “económicas”, “históricas”, “socio-institucionales”, en resumen, todos los referentes posibles. Otra manera de recordar, una vez más, que no hay fuera del texto. Eso no quiere decir que todos los referentes están suspendidos, negados o encerrados en un libro, como muchas veces se ha fingido o como se ha tenido la ingenuidad de creer y de acusarme. Eso quiere decir que todo referente, toda realidad tiene la estructura de una huella diferencial y que no se puede referir a ella más que vía una experiencia interpretativa. (“Postface”: 273)

Estos (con)textos también imprimen sus modulaciones al término “deconstrucción” que, como señaló en una mesa redonda alrededor de la autobiografía (ese género que le interesó tanto como la literatura [Santiago 44-45]) celebrada en Montreal en 1979, cuando lo usó en lo que creía reconocer como la primera vez (“ni siguiera me acuerdo bien dónde”, remachaba mientras le confería a esos comienzos un carácter exiguo ratificando el derrotero de lo que vendrá después), tuvo la “impresión de que era una palabra entre muchas otras. Una palabra secundaria del texto” y que, por los efectos de campo generados, terminará ocupando otro lugar: “de pronto, ha saltado fuera del texto y otros se han apoderado de ella” (*L’oreille*: 117).

Si se repasa cómo la palabrita se inscribe en sus escritos se advertirá que hace serie con otros a través de los cuales describió su programa-no-programático. Se trata de operaciones tributarias de una acción sostenida que trata de ir “más allá de la filosofía” desde la filosofía, desde una *limitrofia* (“L’animal” 280); de ir “más allá” de las ciencias humanas desde la *gramatología* (*De la grammatologie* 21); de desatar lo que constriñe la proliferación de significados desde la ley (loca) de la *diseminación* (*La dissémination* 14, 49); de incluir la indeterminación de lo que resulte hasta de la más calculada estrategia desde una *pragmatología* (“Postface” 274); de hacer ostensible la resistencia (o secreto) de los restos desde una *fantología* (Derrida *Spectres*) que cuestiona, a través de la figura del espectro, la linealidad pasado-presente-futuro.

En sus inicios por 1963, Derrida enunciaba su propósito de construir una nueva ciencia que, sin ser exterior al saber científico, no se redujera a él. Tanto en aquel primer momento ligado a la *gramatología* como en los siguientes, en los que hace foco en la *diseminación* o en el carácter *pragmatológico* de su propuesta, se advierte la misma estrategia: mientras reconoce una tradición, a la vez trata de transformarla yendo “más allá” de ella, allí mismo donde sus límites (o más bien, la obstinación por conservarlos intactos) constituyen un obstáculo (como adelanté, “más allá de” es una expresión recurrente en sus escritos: una cadencia sintomática que expresa una de sus obsesiones más evidentes):

La desconstrucción comprende una fase indispensable de *inversión*. Quedarse en la inversión es operar, ciertamente, dentro de la inmanencia del sistema a destruir. Pero ajustarse, para ir *más lejos*, para ser más radical o más audaz, a una actitud de indiferencia neutralizante respecto de las oposiciones clásicas sería dejar vía libre a las fuerzas que dominan efectivamente e históricamente el campo. Sería, por no haberse apoderado de los medios para *intervenir* en él, confirmar el equilibrio establecido. (*La dissémination* 12)

Nunca se insistirá lo suficiente en lo que el neologismo *pragramatología* dice respecto de sus fantasías de nano-intervención: Derrida no diagrama un conjunto de reglas universales susceptibles de ser tomadas con independencia de los (con)textos de apropiación sino que, por el contrario, promueve su recreación atenta a las siempre imprevisibles circunstancias por-venir: “[la desconstrucción] no corresponde a un *sujeto* (individual o colectivo) que tomaría la iniciativa y la aplicaría a un objeto, a un texto, a un tema” (“Lettre” 391). Afirmaciones como estas actualizan las desconfianzas de Cristina de Peretti y de Paco Vidarte respecto de la concepción de la desconstrucción como “algo que se hace” (16): “habría que precisar que la desconstrucción tampoco es un *acto* o una *operación*”: “La desconstrucción tiene lugar; es un acontecimiento que no espera la deliberación, la conciencia o la organización del sujeto (Derrida, “Lettre” 391).

Estas razones, entre otras, explican por qué si hay algo que se reconoce como “desconstrucción”, eso no solo no puede condensarse en un conjunto de categorías teóricas sino que además resultaría empobrecedor describirlo con independencia del trabajo desde/sobre cada (con)texto. Si hay algo que se reconoce como “desconstrucción” en lo que Derrida hizo, es por los efectos de ese hacer, en principio, en las humanidades. Y si hay “una marcha que

se sigue al andar” (*La dissémination* 303), se podría atender, en todo caso, a las operaciones que evitó y a las que reiteró así como a ciertas obsesiones que se dejan entrever, menos en lo que proclamó que en lo que realizó al leer. Entre estas obsesiones: su atención a la singularidad de cada texto así como a la especificidad de cada lengua.

“Más de una lengua” es un principio nodal que pone en enunciado las diferentes formas en las que la desconstrucción se declina, reinventándose cada vez (Derrida *Mémoires* 15). La observación de los (con)textos, de la lengua desde la que se formula una idea, de las consecuencias de las operaciones así como la instigación a la “apropiación” son algunas de sus constantes. Cuando Derrida afirmaba que “una desconstrucción no puede ser teórica” (“Entre” 35) se pronunciaba, ya desde sus comienzos, sobre esta contigüidad entre teoría y práctica (cf. Derrida, *Théorie*) que el rótulo *pragmatología* ratifica.

Esa afeción que se reconoce como “desconstrucción” y que excede la intencionalidad que motiva las acciones, incluye sus propias formulaciones: no hay una desconstrucción modélica, susceptible de ser traducida sin resto (lo que no impide que cada quien tenga sus preferencias). Más de una desconstrucción, entonces. Y “más de un Derrida”, como bien ha sugerido Jean-Luc Nancy (95).

“Nunca he encontrado ningún concepto que quepa en una palabra”, confesó Derrida (“Comme”: 297) mientras volvía sobre las intrincadas redes que llevan de uno a otro(s) de sus escritos en cada intento de precisar los alcances de sus términos. Entre ellos, el que aquí nos ocupa: “La desconstrucción, si es que existe tal cosa, debería abrir puertas: (...) es estratégicamente necesario volver a la biblioteca y leer de una forma distinta” (“Algunas” 267). Ese “leer de una forma distinta” es inescindible de los (con)textos de apropiación. No puede ser regulado, legislado, normado, prescripto desde ningún lugar.

No habría entonces sino “desconstrucciones” o “efectos de desconstrucción”. Derrida advierte que la desconstrucción obedece a una “exigencia a la vez crítica y analítica” ligada al “deshacer, desedimentar, descomponer, desconstituir” (esto aparece en varios textos: “La desconstrucción es también una manera de escribir y de hacer venir un texto-otro” [“Il n’y a pas” 226]) afirma mientras previene respecto de la reducción del procedimiento a una causalidad y a un final con desenlace, un adonde llegar que clausuraría el

movimiento vía una estabilización ilusoria. Lo que se pone en cuestión es “no solo la posibilidad sino también el deseo o el fantasma de una recuperación de lo originario, el deseo o el fantasma de regresar alguna vez a lo simple, sea lo que sea. Se trata de un movimiento no solo contra-arqueológico sino contra-genealógico” (*Résistances* 42).

Un movimiento con límites. En un ensayo con resonancias kafkianas y benjaminianas, toma la metáfora de la “huelga” para mover-a-detenerse sobre la forma de leer los textos (en ese caso, del derecho): “Hay una posibilidad de ‘huelga general’, un derecho análogo al de la huelga general en toda lectura interpretativa (...), el derecho a suspender la autoridad legitimadora y todas sus normas de lectura” (*Fuerza* 95). La metáfora de la huelga lo deja a salvo de los gestos grandilocuentes. Prudente, Derrida indica el límite de esa operación que él practicaba desde (y en especial, sobre) las instituciones de investigación y de enseñanza. Este texto, leído en abril de 1990 en la Universidad de California como apertura del Coloquio *El nazismo y la ‘solución final’. Los límites de la representación*, vuelve sobre la situación de enunciación para ponerla en abismo y, a partir de ella, acotar los alcances de su intervención. Lejos de restarle valor, esto le pone una medida y, a la vez, lo aleja tanto de la demagogia como de la candidez o del cinismo de confundir, en su caso, una actividad académica con una acción revolucionaria:

¿Puede compararse lo que estamos haciendo aquí a una huelga general o a una revolución, en relación con modelos, con estructuras, pero también con modos de legibilidad de la acción política? ¿Es eso la desconstrucción? ¿Es una huelga general o una estrategia de ruptura? Sí y no. Sí, en la medida en que se arroga el derecho a discutir, y de forma no solo teórica, los protocolos constitucionales, la carta misma que rige la lectura en nuestra cultura y sobre todo en la Academia. No, al menos en la medida en que sigue desenvolviéndose en la Academia (y no olvidemos, si no queremos sumirnos en el ridículo o en la indecencia, que estamos aquí cómodamente instalados en la Quinta Avenida, tan sólo a unas pocas manzanas del infierno de la injusticia). (97)

“Más de una lengua”: expresión a retener. Derrida la usó para dar cuenta de ese movimiento incontrolable que no se puede contener ni en un programa ni en una disciplina (*Mémoires*: 15). Más de una desconstrucción, entonces en cada espacio y en cada tiempo por-venir, en tanto las “grietas” como las barreras serán otras: imprevisibles, inciertas. O dicho en otros términos: “transferencias”, “apropiaciones”, fieles porque infieles.

No de otro modo se explica la fascinación con que contaba el cuento de los filósofos rusos que, en el contexto de las transformaciones impulsadas por Mijail Gorbachov, traducían *déconstruction* como *perestroika* (*Spectres* 146; *Moscou* 70). Imposible no preguntarse qué diría sobre los usos actuales de la famosa palabrita: apropiaciones por colectivos diversos en luchas por “leer de forma distinta” no solo lo que se aloje en alguna biblioteca. Siempre textos. Pero también textos-otros: más callejeros, más plebeyos que los que la exquisita y refinada desconstrucción derrideana solía poner bajo su mira.

## Bibliografía

- Bourdieu, Pierre. *Esquisse pour une auto-analyse*. París: Raisons d’agir, 2004.
- Chicote, Gloria. Entrevista. En Gerbaudo, Analía. *Tanto con tan poco. Los estudios literarios en Argentina (1958-2015)* (en edición).
- Dalmaroni, Miguel. “Hasta que la muerte las separe. Crítica literaria y teoría en la Argentina (algunas notas)”. *El Taco En La Brea* 8 (2018): 101-109.
- de Peretti, Cristina. Entrevista. *El taco en la brea* 4 (2016): 157-180.
- Derrida, Jacques. *De la grammatologie*. París: Minuit, 1967.
- . *Marges de la philosophie*. París: Minuit, 1972.
- . *La dissémination*. París: Du Seuil, 1972.
- . *Positions*. París: Minuit, 1972.
- . *Théorie et pratique. Cours de l’ENS-Ulm 1975-1976*. París: Galilée, 2017.
- . « Entre crochets (I) ». *Points de suspension. Entretiens*. Ed. Elizabeth Weber. Galilée, 1992, 13-36.
- . “LIMITED INC a b c...”. *Limited Inc*. París: Galilée, 1990, 61-197.
- . *L’oreille de l’autre. Otobiographies, transferts, traductions*. Montreal: VLB, 1982.
- . “La sociedad del pos-consumo y el papel de los intelectuales”. Entrevista por Karatani Kojin y Asada Akira (trad., Alfonso Falero). *Pliegos de Yuste* 3 (2005), 39-46.
- . *Mémoires for Paul De Man*. Columbia University Press, 1989.
- . « Lettre à un ami japonais ». *Psyché. Inventions de l’autre*. París: Galilée, 1987, 387-393.
- . « ‘Il n’y a pas le narcissisme’ (autobiophotographies) ». *Points de suspension. Entretiens*. Ed. Elizabeth Weber. París: Galilée, 1992, 209-228.
- . « Algunas preguntas y respuestas ». *La lingüística de la escritura. Debates entre lengua y literatura*. Madrid: Visor, 1989, 259-269.
- . “Postface: Vers une éthique de la discussion ». *Limited Inc*. París: Galilée, 1990, 199-285.

- . *Spectres de Marx. L'État de la dette, le travail du deuil et la Nouvelle Internationale*. París: Galilée, 1993.
- . *Fuerza de ley. El "fundamento místico de la autoridad"*. Madrid : Tecnos, 1997. Trad. Adolfo Barberá y Patricio Peñalver Gómez.
- . *Moscú aller-retour*. París: L'aube, 1995.
- . *Résistances –de la psychanalyse*. París: Galilée, 1996.
- . « Comme si c'était possible, 'within such limits' ». *Papier Machine. Le ruban de machine à écrire et autres réponse*. París: Galilée, 2001, 283-319.
- . "Circonfesión". Benninton, Geoffrey y Jacques Derrida. *Jacques Derrida* (trad., María Luisa Rodríguez Tapia). Madrid: Cátedra, 1994, 25-318.
- . « L'animal que donc je suis (À suivre) ». En Mallet, Marie-Louise (Ed.), *L'animal autobiographique. Autour de Jacques Derrida*. París: Galilée, 1999, 251-301.
- . "A corazón abierto". ¡Palabra! *Instantáneas filosóficas*. Madrid: Trotta, 2001, 13-48. Trad. Cristina de Peretti y Paco Vidarte.
- Kofman, Amy y Kirby Dick. *Derrida*. Zeitgeist films / Jane Doe films Production, 2002.
- Nancy, Jean-Luc. *À plus d'un titre*. Jacques Derrida. Sur un portrait de Valerio Adami. París: Galilée, 2007.
- Nofal, Rossana. *Cuentos de guerra* (en edición).
- Panesi, Jorge. Reseña de *La teoría literaria hoy. Conceptos, enfoques, debates* de José Amícola y José Luis de Diego. *Orbis Tertius*, 13 (2008). [http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art\\_revistas/pr.3762/pr.3762.pdf](http://www.fuentesmemoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.3762/pr.3762.pdf)
- Rinesi, Eduardo. *Política y tragedia. Hamlet entre Hobbes y Maquiavelo*. Buenos Aires: Colihue, 2003.
- Ronell, Avital. "Derridémocratie". *Colloque International Derrida Politique*. París: ENS, 2008.
- . «Entretien» *La faute à Mallarmé. L'aventure de la théorie littéraire*. Dir. Vincent Kauffmann. París: Seuil, 2011, 290–296.
- Santiago, Silviano. *Litoral*. Santa Fe: Vera cartonera, 2021. Trad., presentación y notas, Mario Cámara.
- Sapiro, Gisèle. *Se puede separar la obra del autor? Censura, cancelación y derecho al error*. Madrid: Clave intelectual, 2021. Trad. Violeta Garrido.
- Searle, John. "Reiterating the Differences: A Reply to Derrida". *Glyph* 1 (1977): 198-208.